EL PÍCARO EN LAS LITERATURAS HISPÁNICAS

MUCHOS PERSONAJES y prototipos de la literatura han sido forjados por la mente del autor, en creación de su propia fantasía, o los ha tomado de la realidad circundante, transformándolos en criaturas de perfiles originales y perdurables. Ha bastado que el escritor mirase en derredor para encontrar individuos de caracteres propios y definidos, que por su fuerza psicológica y social, saltan del mundo real y se colocan en la obra literaria y se plantan en ella por un tiempo o para siempre. Tal es el caso de *La Celestina* y de los Lazarillos que en obras de España y América han aparecido. *La Celestina*, con sus mañas y alcahueterías, debió ser tipo corriente en tiempos de los Reyes Católicos, y *el Lazarillo* tiene raíces más viejas todavía, si queremos juzgarle en rigor de antigüedad.

Se remonta el pícaro a la época del Arcipreste de Hita, que a su vez es autor apicarado por derecho propio y vocación personal. El clero de aquellos tiempos no se caracterizaba por su vida virtuosa, y debajo de más de un hábito frailuno se ocultaba un redomado pillo.

Siempre ha de buscarse la relación entre el autor y su criatura, y don Juan Ruiz y sus personajes seminovelescos guardan un gran aire de familia. El Arcipreste se revela en todo el *Libro del buen amor* como hombre ligero, malicioso, sensual y conocedor de malas mañas, pese a su condición eclesiástica. Por eso conoce bien a Trotaconventos y es ducho en burlas y travesuras. Otro aspecto del libro que contribuye a su filiación picaresca, es el sentido autobiográfico, de modo que no siempre sabemos cuándo el prelado habla por experiencia personal, o si retrata individuos o acontecimientos que conoció en las peripecias de su vida.

En la literatura posterior, el pícaro prolifera y sus andanzas llenan toda una época. Debieron abundar en la vida española los de Tormes, los Buscones y los Guzmanes. La vida de la península, contraste de grandeza imperial y miseria social, tuvo necesariamente que producir estos tipos populares, que se encontraban en calles y plazas de Sevilla y Toledo, de Madrid y Granada. La supervivencia en un medio lleno de limitaciones económicas y de sueños de gloria, conllevaba un duro forcejeo por el diario vivir. Por ello, en las naveles del descubrimiento debió venir como polizonte, no como marinero regular a salario fijo.

Demasiado aventurero resultaba el pícaro para enrolarse en posiciones que representaran ataduras o compromisos en su futuro en América.

En su ubicuidad, los pícaros anduvieron por América, del mismo modo que, además de su presencia en las novelas, se habían colado en el teatro, a veces como graciosos, bobos, apicarados o pícaros de cuerpo entero.

El pícaro fue más que invención literaria, un aporte directo de la realidad, y los autores no hicieron más que tomarle de la mano e invitarle a bailar al son de su ritmo.

Cuando el conquistador y el colonizador vienen a América, quieren continuar en lo posible el estilo de vida de la metrópoli; traen los delirios de grandeza y los sueños de gloria, desean reproducir lo que consideraban bello y noble en España. El hombre que luchaba por encontrar sitio en aquella sociedad abigarrada necesitaba vencer dificultades y obstáculos.

El pícaro, colado de rondón en América, se continúa hasta nuestros tiempos con persistencia digna de su estirpe. Lo encontraremos de estampa española todavía, de raíz indígena, amestizado y hasta ya depurado de matices raciales para ser puramente hombre de América.

El primero de que se tiene noticia es *El lazarillo de ciegos caminantes*, de Concolocorvo, alias de don Carlos Bustamante Carlos Inca. La cuestión de identidad del autor es un problema, pues se establecen dudas de si la obra en cuestión fue escrita por el español don Alonso o por el mestizo del Cuzco, Concolocorvo.

La expresión es en primera persona, y no sabemos si el español se finge mestizo para hablar con mayor libertad, o si el mestizo se cubre con el manto de ajena nacionalidad para tomar aires de letrado. Indudablemente, el que escribe es culto y hombre de clásicas lecturas.

El lazarillo de ciegos caminantes, como su nombre indica, presume ignorancia en los que guía. Si el de Tormes así se llamó por guiar al ciego, el del Cuzco toma su nombre de su ciceronazgo a los viajeros desorientados.

El narrador no se siente avergonzado de su origen indígena, al contrario, de eso, y de la equívoca conducta de su madre habla sin rubor: "...Yo soy indio neto, salvo las trampas de mi madre, de que no salgo por fiador..."

Aspira a la plaza de perrero de la catedral, por considerar que ello le favorecerá con inmunidad eclesiástica. Con esto y otros detalles, nos da una sucinta historia de su vida y la mayor parte de la obra está dedicada a escribir, como él mismo dice: "Imitando el estilo de éste (de un fraile que había conocido) mezclé algunas jocosidades para

entretenimiento de los caminantes para quienes particularmente escribí.”

Transcurre el libro en pasajes descriptivos, agudos y vívidos, en que se entremezclan los episodios ocurridos en el itinerario que va de Montevideo a Lima, pasando por Buenos Aires y otras ciudades, incluyendo Cuzco. Los diálogos tienen gracia y las anécdotas revelan, en algunos casos, intención didáctica en tono ligero. La sociedad es heterogénea: españoles, indios, mestizos, negros, gauchos, tienen participación en el transcurso de la obra. Todos se ajustan a un ritmo ligero y ágil y son buenos actores de las costumbres propias del tiempo y los lugares.

Hay alguno que otro alarde de erudición latinista, pero en contraste, hay numerosas expresiones locales que contribuyen al sabor naturalista de este Lazarillo americano. Y todavía más, se complace en explicar con regusto filológico, el origen de algunos vocablos que de la lengua indígena pasaron al español con significados erróneos, correctos o transformados.

Llama la atención la forma en que el autor describe el carácter de algunos españoles venidos a América: “Muchos sujetos vinieron de España sólo con el fin de hacer fortuna, han tenido oculta su nobleza hasta que la consiguieron y pudieron mantener su lustre...”

Este rasgo de orgullo hispánico se amplía con los detalles que ofrece del tren de vida que las familias ricas llevaban en Cuzco y Lima: el menaje de la casa, los vestidos, los esclavos, los criados, las haciendas y hasta enfermedades fingidas y consideradas de buen tono. Describe con jocosos minuciosidad los afeites y cosméticos que las señoras mexicanas usaban, y las compara con las limeñas, de costumbres similares, que critica sutilmente.

La sucesión caleidoscópica de capítulos presenta todo lo imaginable: costumbres, coplas populares, dicharachos, lances graciosos, picardías de mujeres y hombres, descripciones que van de lo arquitectónico a lo gastronómico, dialoguillos picantes, reflexiones y comentarios. El tono autobiográfico y el sentido malicioso y de prolija observación, no permiten clasificar al Lazarillo como novela, es más, su ubicación literaria resulta difícil, pero el autor ha sabido crear el ambiente y movimiento propios de la picaresca en acción.

De lleno ya en el ámbito literario de la novela, se encuentra *El Periquillo Sarniento*, del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi. El autor es hombre liberal, pero no libre-pensador, que retrata la sociedad de su tiempo y señala sus males con gracia y soltura. De la picaresca tradicional tiene el tono autobiográfico, el ambiente sórdido,

la sucesión de empleos más o menos dudosos por que pasa el protagonista, y la chispeante gracia de muchas situaciones.

Pedro Sarniento nació en buena cuna y de padres bondadosos. No fue un bastardo de origen oscuro a quien la vida coloca en las luchas callejeras desde edad temprana. La maldad del Periquillo radica en la educación que recibió, rodeado de blanduras y complacencias, y en su carácter débil y temperamento sin dominio de sí mismo.

La obra de Fernández de Lizardi entraña intención didáctica y social: las consecuencias de la educación deficiente en el hogar y en la escuela, las malas compañías, el juego y la profesión religiosa sin vocación verdadera, envuelven lecciones presentadas con acertada intención.

Periquillo no es perverso, su debilidad hace que sintamos lástima por él y por las miserias a que se ve arrastrado. El protagonista pasa sucesivamente por el convento, como novicio frustrado; por las salas de juego, en función de cócora; por el hospital; por la cárcel; como aprendiz de barbero; como fingido médico; se casa dos veces, se mete a sacristán y a mendigo. No conforme con tal variedad de amos y oficios, el pillo va a Manila, donde según narra, observó buena conducta y regresa a Acapulco después de un naufragio. De aquí en adelante, Perico sufre un cambio, no obstante su amistad con unos ladrones. Trata de suicidarse sin éxito y con arrepentimiento. La vista del cadáver de un ajusticiado le lleva a una inesperada conversión, que culmina en ejercicios espirituales. Después de esto, Periquillo vuelve a casarse, pero ya su vida se acerca al final. Recibe, irónicamente, una herencia de su último amo, y trata de restituir despojos hechos a otro amo: el chino compañero de su azaroso viaje a Manila.

El protagonista se sabe enfermo y trata de ponerse en cura. Curiosamente, este capítulo es rico en citas de Horacio, Lucano y aun de Erasmo de Rotterdam. El discurso póstumo de Periquillo es conmovedor y más bien parece de un hidalgo morigerado y piadoso, que de un inveterado pecador. Murió el pícaro en olor de santidad y erudición y queda para el "Pensador" la historia de su entierro y otras cosas, como la inscripción de la losa sepulcral y los poemas que su desaparición inspiró a sus amigos.

La composición de Fernández de Lizardi es barroca, por su abigarramiento de episodios, reflexiones y citas. Pero el estilo es llano, simple y sus observaciones revisten ingenuidad y gracia. Estilísticamente, está más cerca de Quevedo que del anónimo de Tormes, pero el carácter del protagonista se aproxima más a su homónimo español que al Buscón.

Ya el pícaro está asentado con pie firme en territorio de América.

No está preocupado todavía por su identidad humana sino por su supervivencia y su afirmación. Lo encontraremos de nuevo, en distintos países y épocas, y en aventuras diferentes, pues es andariego ya que no se suscribe a un solo género de travesuras.

Entre tanto, en la península no ha desaparecido ni se ha eclipsado. Después de sucesivas apariciones en teatros, historias, cuentos y decires, el pícaro parece progresar en la universidad de la vida y aprender lecciones de picardía filosófica o de filosofía picaresca.

Ya en pleno siglo veinte, don Jacinto Benavente crea un pícaro de nueva estampa, un pícaro teatral, pero no dentro de la tradición de los graciosos o pilluelos que pueblan la escena española de épocas anteriores. En *Los intereses creados* aparece una acción intemporal y sin localización determinada. En esa trama planta a Crispín, pícaro universal, que parece contener algunas de las características de sus colegas anteriores, a las que se añaden perfiles psicológicos de nuestro tiempo.

La estructura total tiene mucho de retablo o tinglado de farsa popular; sin embargo los personajes son simbólicos y su dimensión dramática, de alcances muy novedosos.

El pícaro Crispín utiliza más la debilidad y la ambición de otros que sus propias malicias. Sabiamente, mueve hilos y urde componendas para envolver a sus títeres, producir situaciones, mover intereses y salirse con la suya.

Con Crispín aparecen otros personajes que, con otros nombres, ya han asomado en las letras hispánicas desde tiempos anteriores. Doña Sirena es una Celestina moderna, dispuesta a propiciar romances y a tejer bodas. Leandro y Silvia poco se diferencian de los muchos enamorados que les preceden y con quienes tienen en común su amor verdadero y la facilidad en que caen en trampas maliciosas. Polichinela es un pícaro canalla, triunfador por su falta de escrúpulos, a quien muy bien dice Crispín: "Soy... lo que fuiste. Y quien llegará a ser lo que tú eres... como tú llegaste. No con tanta violencia como tú, porque los tiempos son otros y ya sólo asesinan los locos y los enamorados..." Polichinela es un contrapícaro, un antiprotagonista, que representa lo que Crispín quiere llegar a ser, aunque con más elegancia y menos crueldad.

La expresión en el diálogo es simple en apariencia, pero esconde sentido de gran proyección y reflexiones de gran hondura. Crispín es un pícaro estilizado, que ha depurado las rudezas del oficio para revestirlo de elocuente refinamiento. Para lograr sus fines, se presenta como ducho fingidor de posiciones, como conocedor de debilidades ajenas, como consejero de indecisos y timoratos. Tiene como recurso el diálogo,

que matiza de agudas y sutiles observaciones, en las que apunta su modo de pensar:

...el entendimiento es la conciencia de la verdad, y el que llega a perderla entre las mentiras de su vida, es como si se perdiera a sí propio, porque ya nunca volverá a encontrarse ni a conocerse y él mismo vendrá a ser otra mentira... Medité algún tiempo en galeras, donde esta conciencia de mi entendimiento me acusó más de torpe que de pícaro. Con mis picardías y menos torpeza, en vez de remar en ellas pude haber llegado a mandarlas. Por eso juré no volver en mi vida.

La vida anterior de Crispín fue azarosa, sin duda, ahora quiere cambiarla, pero sin arrastrarse en medios sórdidos y carcelarios. Es el pícaro en traje de salón y con lenguaje de caballero.

De vuelta a la antigua tradición picaresca, produce Camilo José Cela en 1944 su libro, *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*. Como el autor dice, se apoya en la lengua hablada y no en la escrita, lo cual imparte un tono coloquial a los "tratados" en que divide la obra, siguiendo el patrón de su remoto antepasado del siglo xvi. La expresión es autobiográfica y por lo tanto en primera persona. Lázaro cuenta su origen, no muy halagüeño para su persona. Como oficio tuvo sucesivamente el de pastor; de compañero de unos músicos trashumantes; de amigo de un penitente chiflado; de miembro de una banda de volantineros; de ayudante del boticario Roque Sartén y de auxiliar de una vieja experta en hechizos. Su infortunio lo lleva a recluta y termina sus días pobre y soltero, lo cual considera le libra de ciertos pecados.

El Lázaro de Cela tiene una ingenua sinceridad y un temperamento poco agresivo, tímido y acomodado a las circunstancias en que la vida le coloca. La picardía de su carácter reside más bien en sus observaciones y las graciosas conclusiones a que llega, que en una idiosincrasia perversa.

Entre el pícaro cínico y filósofo de Benavente y el pillo circunstancial de Cela, hay diferencias, el ambiente del segundo es terrible y descarnado, de ahí su tremendismo. Crispín actúa en un medio refinado, en que sus movimientos son saludos cortesanos y sus reflexiones dignas de un caballero pensador.

También en la literatura hispanoamericana contemporánea tiene el pícaro su función, de acuerdo con sus antecedentes y con sus circunstancias sociales, urbanas o rurales. También los factores raciales influirán en los quehaceres picarescos e imprimirán su sello a los traviesos protagonistas.

El argentino Roberto Payró crea un tipo arratonado, a quien apoda Laucha, palabra que se usa como localismo para designar al molesto roedor. Sus aventuras contadas no cubren mucho terreno en recorrido, pero sí en maldades y travesuras.

Laucha tiene un episodio único, que es su boda con Carolina (de ahí el nombre de la obra). Todo el matrimonio es una urdimbre pícaro: desde el canalla cura que los casa, hasta la parda que sirve de testigo en la ceremonia. La historia cuenta el aprovechamiento del caudal de la crédula esposa, que servirá para dilapidarlo en juergas y borracheras. Los otros tipos que circunstancialmente aparecen, más que pícaros, son criaturas sórdidas y de baja condición, que solamente buscan la diversión y los tragos que Laucha rumbosamente les ofrece.

El autor no hace mucho hincapié en la vida anterior del protagonista, se limita a mencionar los sitios por donde anduvo y los oficios que desempeñó. La vida lo ha empujado de un lado para otro, pero sus malicias han tenido por objetivo proporcionarle comodidades y disipación. Farras, atorrantes con quienes bebe y se divierte, son para Laucha sus razones de vivir. Payró, más que la novela de un pícaro, nos presenta un fragmento de ella, con gracia y donosura. Matiza de vocablos locales su historia, impartándole sabor regional. Laucha no inspira la compasión que otros pícaros nos despiertan, pues no se trata del derelicto social, que no encuentra una oportunidad para rehabilitarse; cuando la halla, la echa por tierra y arruina su futuro y el de su desdichada mujer.

Otra novela, que también Payró escribió a principios de este siglo, fue *Cuentos de Pago Chico*. Contrariamente a *El casamiento de Laucha*, la perspectiva es observación y narración del autor, que tiene gracia burlona y habilidad descriptiva. Cuenta, entre otros episodios, la corrupción de las autoridades policiacas de Pago Chico, de la vida apicarada de jugadores y truquistas y no tiene el carácter introspectivo de la anterior, en que el protagonista discurre sobre sus propias vilezas con amoral regocijo. En *Cuentos de Pago Chico* la atmósfera está cargada de maliciosa gracia, de chistosos decires, pero sin trasfondo maligno. Todavía la vida argentina no estaba consolidada sobre una identidad nacional definitiva. Y Payró intuyó la necesidad de cambios progresistas y de renovación social cuando escribió, poco tiempo después de las anteriores, *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, que es una especie de contra-pícaro o pícaro bondadoso y humano, con agudo poder de observación ante la realidad humana y social que le rodea. El ciclo de estas novelas de Payró es, en síntesis, un proceso que va del cinismo descarado a la observación juiciosa, y por último, a un genuino

anhelo de mejoramiento, teniendo en cuenta las condiciones sociales de la Argentina. Posiblemente, Payró resulta moralista sin proponérselo y sus ideales le llevan a ese interesante proceso, único en las letras americanas.

El ecuatoriano Jorge Icaza escribió *El Chulla Romero y Flores*, en que el protagonista es un mestizo, que tiene de pícaro, más que la índole, su ambición de subir en la escala social. Este ascenso resulta difícil para los de sangre mezclada. En este personaje se revela con fuerza dolorosa el afán de afirmación e identidad que atormenta al hombre americano; la sangre de su padre, blanco legítimo, pero mendicante con delirios de nobleza, se debate con la de su madre, pobre mujer india, humilde y plegadiza.

Chulla sueña con todos los caminos que conducen a más altas esferas sociales: empleos de influencia, matrimonio conveniente, relaciones aristocráticas. Todo parece ir bien y el ingenuo mestizo tiene un momento apoteósico cuando asiste a una fiesta en el palacio presidencial. Allí ha llevado a una joven, pobre como él y deseosa también de entrar en el alto mundo.

Pero todo se complica para Chulla: su cargo y las atribuciones que cree tener resultan pura farsa. Rosario lo conduce a una sórdida aventura amorosa de trágicas consecuencias. El final es desgarradoramente guñolesco: el infortunado huye de la policía auxiliado por prostitutas y delincuentes para encontrarse con Rosario muerta, rodeada del llanto y la conmiseración de las vecinas, verdadero coro de tragedia indígena. El hijo que la infeliz deja, le redime: Chulla se siente parte de los de su raza como si una voz ancestral le despertara y le rompiera las ataduras de prejuicios y ambiciones.

Icaza logra, más que una obra picaresca, un cuadro vívido del conflicto psicológico y social del hombre dividido entre el mundo del blanco y el del indio; del hombre americano que más que vencer problemas circundantes, debe esclarecer su propia situación espiritual y su vocación racial definitiva, sin falsos orgullos de tradiciones viejas y con ímpetu de sangre nueva y poderosa.

Obra del chileno Manuel Rojas es *Hijo de ladrón*. El autor tiene vida aventurera, que culmina en éxitos profesionales y literarios. De su existencia movida y de su sensibilidad nace su poder de captación de realidades humanas y sociales de gran alcance.

Hijo de ladrón no es novela picaresca en estricto sentido de clasificación literaria. El protagonista, aunque hijo de un delincuente de oficio, tuvo hogar estable y casi feliz. Habla del oficio paterno con orgullo y admiración:

...era sobrio, tranquilo, económico y muy serio en sus asuntos; de no haber sido ladrón habría poder sido elegido, entre muchos, como el tipo del trabajador con que sueñan los burgueses y los marxistas de todo el mundo... Las cerraduras de las casas, o a veces sólo cuartos en que vivíamos, funcionaban siempre como instrumentos de alta precisión: no rechinaban, no oponían resistencia a las llaves y casi parecían abrirse con la sola aproximación de las manos...

El muchacho crece como pícaro hereditario de una enseñanza que se le graba y le adiestra en la lucha temprana con la policía, la burla a las autoridades y el escurridizo vivir de la gente del bajo mundo. Es un reflexivo, un introvertido, acostumbrado a estar a la defensiva. Su pensamiento discurre con agudeza, y ocasionalmente, con filosofía. Su carácter no tiene gracia, pero tiene sincera profundidad y perfiles originales. Los episodios no son chistosos, resultan demasiado realistas para provocar una sonrisa, pero seguimos al narrador con ansiedad en sus peripecias.

Hay incidentes y tipos variados en la obra. La localización es, generalmente, urbana, pero ocurre en la periferia de los pueblos, en los arrabales, en las playas, en calabozos de cárceles, en fin, que el hijo del ladrón tiene poco acceso a lo que constituye la verdadera vida popular, dentro de los pueblos y en un medio lícito y regular. Se le siente vivir al margen y se le presiente amputado espiritualmente al no poder lograr ubicación social determinada. En contraste con el Chulla Romero y Flores, este heredero del hurto no tiene conflictos raciales. Su problema es más universal y su conflicto podría ocurrir en cualquier parte del mundo.

En la tercera década de este siglo, el mexicano José Rubén Romero publicó *La vida inútil de Pito Pérez*, tipo truhanesco, con muchos puntos de contacto con Lazarillos y Buscones, pero también con afirmación costumbrista de su personalidad, de relieves nacionales y únicos.

Pito siente una decidida vocación por el pecado, la bebida y todas las malas artes que, en mayor o menor medida, constituyen el estilo de vida del legítimo pícaro. Desaprovecha ocasiones de fortuna y desatiende llamados de su conciencia. Al hundirse en el bajo mundo, se nos antoja como un pobre ser, amoral más que verdaderamente inmoral. Los conceptos éticos no han entrado como ingredientes de la formación de su personalidad.

La familia Pérez era cristiana y de buen vivir. Se inicia Pito en ambiente de santidad, como monaguillo serio y piadoso, hasta que su inclinación torcida le impulsa a robar las limosnas de la iglesia. De allí en

adelante su vida será un continuo bregar, y sus delitos casi no parecen tales, revestidos de una simpática mezcla de malicia e ingenuidad.

Toma el nombre de Pito del instrumento rústico que toca y que se convierte en su distintivo personal. Adquiere una desmedida afición a la bebida en su empleo como ayudante de un fármaco inescrupuloso y avaro.

La crítica religiosa se manifiesta con matices anticlericales. Apunta comentarios ácidos sobre la ignorancia del Padre Pureco, a quien Pito enseña crípticas frases latinas para impresionar a las fieles que asisten a las misas, amenizadas con las agudas notas del repertorio popular del desaliñado músico.

A medida que nos adentramos en esta vida singular, la compasión nos anima. Pito va de pueblo en pueblo, de cárcel en cárcel, de engaño en engaño, sin que por ello se amargue en apariencia. Cierra su existencia con un amor póstumo y macabro: "la Caneca", que es el esqueleto de una infeliz mujer y que lleva consigo en peregrinaje incesante. Habla de ella con enternecida emoción: "es el amor más fiel que he tenido en mi vida", y añade: "la Epístola de San Pablo dice que el matrimonio acaba con la muerte, el mío ha comenzado con ella y durará toda la eternidad." Esta lúgubre compañera es una interesante nota folklórica en la novela. Recordemos la preferencia del arte mexicano por el tema de la muerte. El genial dibujante José Guadalupe Posada, sintetizó toda una era social y política con su colección de dibujos y caricaturas, poblados de osamentas y caláveras.

Pito muere como ha vivido: miseramente. Sólo se permite un gesto de arrogancia, revelador de su filosofía. Deja un testamento en el cual lega a la Humanidad todo su caudal de amargura y confiesa la razón de su vida y la sinrazón de sus actos.

Posiblemente, Pito Pérez es el más americanamente nuestro de todos los pícaros. La sociedad mexicana tiene perfiles propios e identidad definida. Como producto de ella, aunque provenga de los más bajos estratos sociales, basa su conducta no en un conflicto de individuo sin afirmación o de raíces indecisas. Pito pertenece al bajo mundo de su pueblo y se siente bien en él, y como parte de la sociedad, ha elegido su sitio en ella por impulso propio, más que por circunstancias ajenas a su decisión.

En esta breve revisión de los pícaros, en que entran personalidades disímiles como los Crispinos, Periquillos ladronzuelos, Chullas y Pitos, siendo de extracciones diferentes y sicologías diversas, presentimos que en las futuras literaturas hispánicas tienen sitio permanente y seguro. Los tiempos cambian, pero no los hombres ni la composición básica de

la sociedad. Si el escritor está realmente vinculado a su medio y es vocero e intérprete de él, no puede desentenderse de estas figuras, que si no han fundado patrias o iniciado revoluciones, han amenizado el panorama de la ciudad y el campo y han traído la sonrisa o la carcajada jocosa al agobiado vivir de cada día.

ROSA M. CABRERA

New York State University College
New Paltz